

## EL ECO DE CARTAGENA.

Miércoles 18 de Junio de 1879.

### TEATRO-CIRCO.

Se están ensayando las zarzuelas  
nuevas en esta ciudad

LOS SUEÑOS DE ORO

Y  
EL SALTO DEL PASIEGO.

### HISTORIA Y CONOCIMIENTO GENERAL DE LAS PERLAS.

¿Por qué no recordar algunas ideas relativas á los antecedentes de uno de los objetos que el lujo ha colocado tan fuera del alcance de las fortunas modestas, de igual modo que lo ha escondido naturaleza en lo más recóndito de su seno, cual si deseara esquivarlo á la humana posesión? Es innegable que la historia en los asuntos científicos constituye su más preciado complemento y su galardón mayor, porque contribuye á que se aumente la admiración y el entusiasmo por todo lo grande, y se aprecien los titánicos esfuerzos que han sido en ocasiones necesarios para alcanzar una verdad, y que forme parte del magnífico museo que constituye el caudal científico de la generación presente. Vamos brevemente á exponer lo que son las perlas en el concepto científico.

Las estimadas perlas no son más que concreciones formadas á consecuencia de una enfermedad en el interior de la concha de un animal molusco ecéfalo, llamado por Linneo «*Mantillus margaritiferus*,» «*Pinctadina margaritifera*,» por Lamarck, «*Meleagrina margaritifera*,» por Edwards, y «*Avicula margaritifera*,» por Brug.

Toda circunstancia susceptible de producir estímulo en un punto dado del manto de este animal, como un grano impropio de arena, determina la formación en su alrededor de capas concéntricas, constituyendo un verdadero cálculo, como los de la vejiga de la orina ó de los intestinos, en animales de organización más complicada. Estos cálculos son las perlas. Hé aquí la razón de que no tengan la belleza de éstas los pedruzcos de nácar que artificialmente se les da igual forma; les falta la estructura que solo la naturaleza puede darles, y de aquí las diversas condiciones de belleza no posibles de imitar por el artista.

El cuerpo es pequeño con relación al tamaño de la concha del molusco, que es casi circular, áspera, gruesa, hojosa y brillante interiormente. Compónese esta concha de dos val-

vas de igual tamaño, reunidas por un ligamento grueso y de considerable resistencia. En las anfractuosidades que presenta el manto de la concha es donde se forman las perlas, á expensas, como acabamos de manifestar, de una secreción abundante de nácar, que se fija en derredor de algún cuerpo extraño y duro que ha penetrado en el interior de las valvas de la referida concha. Estas perlas, que son pequeños cuerpos esféricos, son sumamente apreciadas en joyería por su argentea blancura, sus irisantes reflejos y su extraordinaria belleza.

El animal que las produce, denominado vulgarmente Madre de perlas, y científicamente como ya hemos dicho, habita principalmente en el mar Rojo, en el estrecho de Manar en muchos puntos del golfo de Méjico y en el mar de California. Las perlas de mejores condiciones son las que proceden del golfo de Manar donde existen multitud de bancos de madre perlas, sobre todo uno que se prolonga hasta 20 millas. Allí puede decirse que hay una mina verdaderamente inagotable, á pesar de lo explotada que se halla por la destrucción de los pescadores.

El gran aprecio que de las perlas se hace es muy antiguo, pero la moda de las mismas se introdujo en Francia en el reinado de Enrique III. En la referida época se usaron con profusión los collares, sortijas y toda clase de dijes, que se componían de perlas.

Generalmente comienza la pesca en el mes de Marzo ó últimos de Febrero. Trescientos bacos son los que por espacio de treinta y tantos días se dedican á esta peligrosa, pero altamente lucrativa faena. En cada uno van 10 remeros, 10 buzos y el patron. Buzan alternativamente sumergiéndose hasta 12 metros de profundidad, por medio de una pesada piedra que tienen adherida entre los pies, y sujetos por una cuerda atada á la embarcación, que les sirven de aviso al propio tiempo. Cada uno de ellos va provisto de una red para echar las madre perlas.

En el momento que quiere bajar el buzo, coge con los dedos del pié derecho la cuerda de la piedra, y con la mano izquierda se tapa las narices. Llegado al fondo, arranca rápidamente las conchas con la mano derecha y las va echando en la red. Estas pesquerías pertenecen á los ingleses, á quienes fueron cedidas por el tratado de Amiens en 1802.

El tiempo que cada buzo puede permanecer dentro del agua, es de dos minutos próximamente. Un célebre viajero inglés refiere que pudo observar en uno de sus viajes á Ceilan que existió un café capaz de per-

manecer en el agua cinco minutos, pero esto puede calificarse de rarísima excepción, muy carcana á lo imposible. Lo general es que los más diestros en tan penoso trabajo resistan ochenta y nueve segundos, pero no pocos experimentan cuando salen grandes hemorragias por las narices y oídos, no siendo su vida muy larga por lo común, pues su vista se debilita, se forman ulceraciones en diferentes puntos de su cuerpo y á veces son atacados de apoplejías en el fondo del mar. Es, á decir verdad, una de las más ingratas ocupaciones, solo forzosamente aceptada por el esclavo ó el penado, pero siempre digna de inspirar compasión hácia los que la tienen. Además en esos mares suelen abundar los tiburones, de cuya ferocidad son también víctimas los pescadores. Hé aquí, pues, la serie de peligros con que hay que luchar para satisfacer caprichos de la moda, cuyos inconvenientes de seguro no asaltan la imaginación de las personas que al encontrarse posesoras de esos primores formados por la naturaleza, no leen el inmenso libro lleno de páginas de amargura que cada perla lleva envuelto en sus múltiples colores. Efectivamente, tener que descender al abismo del fondo del mar, lleno de bellezas pero también de peligros, y arrancar de sus senos más recónditos esos pequeños fragmentos, que son débiles reflejos de tanta maravilla, dignos de que tan rufo trabajo se consignara en la historia de la perla, admirando al propio tiempo que su belleza, las inmensas dificultades que ha sido necesario vencer para arrancarla del misterioso encierro en que la colocó naturaleza.

Este procedimiento primitivo de pescar las perlas, es el que todavía hoy se emplea, y sería de desear que por medio de la campana de buzos, escafandras ó con modificaciones más ó menos complicadas, se facilitase tan penoso trabajo.

Las conchas se depositan en tierra en parajes bien custodiados, donde permanecen el tiempo suficiente para que mueran los animales, lo cual se conoce porque las valvas se abren espontáneamente. Extiéndese generalmente sobre esteras en la playa, y cuando trascurren ocho días, se hallan en estado de putrefacción. Llegado este caso, se sumergen en depósitos extensos de agua de mar, donde se lavan perfectamente la concha y las perlas, para separar acto continuo con minuciosidad extraordinaria las placas de nácar, las perlas que se desprenden fácilmente y hervir por último el parénquima del molusco, á fin de que por tamización suministre las perlas más pequeñas. Cada barco puede pescar durante un día unas cuarenta mil conchas, y se refiere que en el año

1814 el Gobierno inglés obtuvo en veinte días, 72 millones de conchas. Es verdad que muchas se hallan vacías, pero de todas suertes representan un inmenso capital.

El color y la procedencia del nácar han sido causa de que los comerciantes distinguan diferentes especies del mismo, entre ellas el verdadero de Ceilan, el bastardo, el de Nanquin y el negro de California.

Las perlas están compuestas de capas concéntricas de nácar y son tanto más apreciadas cuanto más esféricas, más pulimento, más brillo y mayor semejanza ofrecen con el ópalo, así como también entra por mucho lo que denominan los joyeros el «agua», ó sea el color y también su «corriente», es decir, el aspecto aterciopelado, el brillo cambiante y característico, que hace imposible toda descripción sin resultar pida cuando se compara con tanta belleza encerrada en tan aparente sencillez. Las muy pequeñas se llaman aljófar y las extraordinariamente diminutas simiente de perlas; dando el nombre de perlas propiamente tales á las piriformes ó del tamaño de un guisante, cuya palabra no es más que una derivación de «pirala», diminutivo de pera. Hay algunas perlas célebres por su tamaño y belleza, entre ellas la que se refiere que César regaló á Servilia, tasada en medio millón de reales próximamente de nuestra moneda.

Plinio consideró á las perlas engendradas por el rocío, en lo cual se asimila á la comparación poética, que á la perla iguala con la lágrima deslizada de las ondas del mar, ó con la gota del cristalino rocío depositada en los pétalos de purpúrea flor, que descompone la luz en vivísimos colores al despuntar la aurora. Son solubles las perlas en los ácidos, aun cuando estos sean débiles como el vinagre, lo que explica el hecho de la célebre Cleopatra que bebía perlas disueltas en este líquido. Su naturaleza calcárea, explica por qué á la larga pueden ser lentamente destruidas por el sudor y las secreciones ácidas de cuerpo humano.

La medicina antigua las empleó reducidas á tenuísimo polvo, con la denominación de nácar de perlas preparado, en el concepto de antiepileptico y cefálico, y formaba parte de algunos medicamentos, como el polvo pectoral, diarrhodón y otros varios.

Las perlas pequeñísimas ó sea la simiente de perlas, tuvieron gran reputación en la medicina de los árabes, y formaban parte de la confección de alkermes. Refiere Plinio que antes de Cleopatra, un rico histrión llamado Clodio hacía servir en la comida una perla á cada convidado en los frecuentes banquetes con